

Julia Barella, *Aguas profundas*, Huerga y Fierro, 2008

Poesía de la edad y honda en la sinclinal del vértigo, el desierto y la ceniza, de la voz cuando dice y calla una calcinación como perspectiva. Poesía reflexiva y atenta al transcurso del paso del tiempo. Y con vocación y sabiduría de su propia condición, de estar dibujada en la arena casi a duras penas, en este último libro de Julia Barella, tras el silencio y la reescritura de lo antiguo (lo de 1977) y anteriores entregas que reelaboró oportunamente. Y más cumplido y elaborado, además de diferente a la perspectiva esencial de la desolación de la herencia de los poetas del silencio, o de los neorrealistas que se aventuran en la desazón. Y es que guarda de sus orígenes novísimos la profesora de la Universidad de Alcalá, una tendencia a un recatado adorno y aun preciosismo justo, que no es habitual en la poesía española de esta época.

Sueño y desolación como propuesta y vértigo, sueño y silencio como reflexión, mirada y autognosis. Y a la vez inteligente percepción hipersensible, hiperestésica, cuando reconoce que la esmeralda es agua cristalizada del cristalero azul (Claudio Rodríguez) en la tradición de la transparencia de Juan Ramón y de un poema de Eliot (Los cuatro cuartetos) o del melancólico *hombre de la guitarra azul* de Wallace Stevens hecho mirada agónica, y desolada hacia lo último, en Celan, Jabès, Valente.... Barella es una melancólica junto al Coleridge del *a sadder and a wiser man! he rose the morrow morn*, aunque tal vez ese *man* debamos trocarlo por la voz femenina que se reivindica en su lugar fuera de tópicos. En efecto, más adulta y más sabia, reflexiva y triste, más capaz de la renovación de un imaginario propio desde el preciosismo de la cita encubierta reunida en el tropo que ilumina y raros poetas aplican en el día de hoy, hay una voz conocida y auto reivindicada que aumenta. Un sentido que busca en el pozo de la propia fermentación el pellejo de la imagen, o la piel mudada que fue carne, pero aun sabe darse en la forma que señala y dirige la mirada hacia el broche del preciosismo de la cita, la seda y la tersura, con algún declarativismo. Porque las joyas tienen engarces y buscan el oikós, o *un bodegón donde vivir*.

Bodegones crecientes como lunas de marzo a los que hay que atender en esos momentos en que Julia Barella olvida alguno de los clichés autoimpuestos y se deja crecer hacia la evaporización frente a las perspectivas (salvados los tiempos) de un Sánchez Cotán y sus naturalezas cosificadas (y tan bellas). Y lo hace con el perfume del agua de rosas desvaídas en el jarrón que resiste en los aromas o en los lirios silvestres. Pero pese al perfume en el fondo el vértigo canta. Y así uno de los poemas más

intensos del libro, ajeno al querer decir, se empapa de sentido ajeno a los declarativismos de algún lance

Ella siente como le crecen las alas
es única y ligera,
sus amigas recomiendan superación
estudio y ejercicio,
ella se deja mecer
como ramo de flores,
no sabe que está sola
al otro lado.

Julia Barella se sitúa *Al otro lado* del que ya dialoga con los *otros*. Aguas profundas cuando sabemos que no hay bosques o son todo bosques, y cuando muestra su esplendor con delicadeza y hondura con el lejano motivo del ruiseñor. Ya lo había cantado el poeta de Ottery St Mary en los célebres versos Farewell, o Warbler...!

No vemos ramas ni pájaros
sí los mitos sobre ellos,
sobre el ruiseñor en la enramada
los olivos y las encinas
los olmos y los cedros
el manzano;
no vemos nada sobre esta tierra
pero aquí dejamos
nuestro árbol de palabras
nuestra voz.

Honda y triste, escéptica sobre el sentido de la Historia, desolada en la *tarde de luz marina*, embargada y poseída por los cantos de sirenas, creyendo desesperadamente que el desierto tendrá voz, con esa fe y esperanza ardiente y dura, recelosa y dulce, arrojada sin miedo hay *luces subterráneas*. Y entre recuerdos de un jardín, y un edén roto con *los mensajes de los que ya no están*. Soledad y estupor o desengaño escriben este libro donde a la poeta solo le guía *la sombra de un rayo* en el desierto. Una sombra de la luz más intensa es la oscuridad más ácima, y ahí la desolación come el corazón de Barella como bebe Herodías la sangre del Bautista. Pero no hay modernismo porque el siglo xx no ha pasado en vano.

Rafael Morales Barba
Universidad Autónoma de Madrid